

Santa Librada, en las vísperas del Bicentenario*

Jaime de Almeida**

Resumen

Este artículo analiza cómo ha sido el proceso histórico de representación de la imagen de Santa Librada y su relación con la Independencia; explica por qué esa imagen ha sido olvidada, incluso despreciada, y por qué ha sido en ciertos momentos recuperada. Santa Librada pone de relieve el elemento femenino en la simbólica de la Independencia, pero también establece vínculo con tradiciones religiosas y políticas españolas.

Palabras clave

Independencia, Símbolos, Memoria, Tradición, Catolicismo.

Abstract

This article analyzes how there has been the historical process of representation of the image of Santa Librada and his relationship with the Independence, it explains why this image has been forgotten, even rejected, and why it has been, in certain moments in time, recovered. Santa Librada emphasizes the feminine element in the symbolic of the Independence, but also it establishes a tie with Spanish religious and political traditions.

Key words

Key Words, Independence, Symbols, Memory, Tradition, Catholicism.

El grabado titulado “Tacó burro” que abre la edición del periódico ilustrado *Bogotá Cómico*, el 30 de Agosto de 1919 (*Bogotá Cómico*, 1919, p. 1), poco después de las conmemoraciones del primer centenario de la Independencia, no está firmado pero debe haber sido creado por Pepe Gómez (Banco de la República, 1987). Desde el ángulo superior derecho, el Tío Sam con los pies bien plantados en Estados Unidos observa con una luneta la escena que podemos ubicar en el norte de América del Sur. La mirada del Tío Sam pasa en diagonal sobre el istmo de Panamá y alcanza el corpulento y sombrío personaje que domina el centro de la composición y que se llama Chamorro. Todo en él es repulsivo: la expresión animalesca y agresiva, la grosera túnica negra (tal vez una sotana), la cuerda que le ciñe el vientre y sostiene una pistola para nada carichata, las enormes botas en cuero negro que marchan sobre huesos y calaveras. Nuestra mirada que va y viene siguiendo los movimientos de sus brazos, codos y manos, se ve atrapada en una infinita curva lemniscata (∞). El puñal a la mano derecha roza el pecho de una joven mujer atada a una cruz en T, mientras el puño cerrado de la mano izquierda amenaza dos hombres que desde atrás de un gran cofre donde se lee “Capital

* Artículo tipo 2: de reflexión según clasificación de Colciencias.

** Becario del Consejo Nacional de Investigación (CNPq) de Brasil. Magister en Historia de la Universidad de París. Doctor en Historia de la Universidad de Sao Paulo. Profesor de Historia de la Universidad de Brasilia.

Extranjero” dicen: “No meta la pata”. Los versillos de la leyenda nos ayudan a penetrar en el sentido de la imagen:



Este hombre en su
pequeñez
pretendió, con gran
pasión
política, cierta vez,
a dos jóvenes,
pardiez!,
herir en el corazón

Mas por desgracia se vio
que al tirar la puñalada
con tal ceguedad obró,
que de retroceso hirió
a esta Patria desgraciada

Todavía no logramos identificar el blanco de esta fuerte crítica política: sería acaso un individuo identificable por los lectores de la época, o tal vez la alegoría de una categoría de personas. Ni tampoco sabemos quiénes son los dos personajes

honestos, que deben ser fácilmente identificados por los especialistas en la historia política de Colombia. Pero sí vemos que están en juego los 25 millones de dólares que según el tratado Urrutia-Thompson firmado en 1914, pronto le serían pagos por los Estados Unidos a Colombia a título de indemnización por la pérdida del Canal de Panamá. Efectivamente, entre la mano derecha del personaje honesto que dice "No meta la pata", y la cara del agresor, se ve en el mapa al fondo la América Central.

Sin embargo, lo que más nos interesa discutir es la forma llamativa como Pepe Gómez representó la Patria, mezclando dos representaciones simbólicas casi opuestas (al menos en la época): la alegoría laica de la República, o de la Libertad, o de la Patria, establecida por la revolución francesa,¹ y la iconografía religiosa del Cristo en la cruz. Si no fuera la presencia explícita de la inscripción INRI², podríamos tal vez eludir la intención conciente de un collage, por demás polémico, y apoyarnos en detalles como la cruz en T (normalmente se representa al Cristo en una cruz latina) y las manos atadas con sogas (y no con clavos). Pero está claro que Pepe Gómez sí quiso chocar al público lector colombiano al remplazar el Cristo crucificado por la Mariana en la cruz, y al insinuar que el clero católico sería protagonista, o al menos cómplice (¿acaso el búho sobre el brazo izquierdo de la cruz tiene algún atributo clerical?) de la agresión de Chamorro contra la Patria.

No tenemos hasta ahora noticia de que esa tan enérgica caricatura política haya provocado algún escándalo en su época. A nuestro parecer, si no hubo tal escándalo es que en 1919, y hasta 1960, los bogotanos sí conocían muy bien una imagen religiosa de mujer crucificada y, además, que sí la reconocían como símbolo de la Libertad.

Cuando del Bicentenario de la Revolución Francesa, el historiador Georges Lomné concluyó sus reflexiones acerca de la "simbólica" de los ritos bolivarianos frente a la experiencia francesa, con la ausencia en América Latina de una representación femenina y laica de la Libertad (1991, pp. 3-17). Según Lomné, "El Libertador realmente aparece (...) como la figura alegórica ideal para ocupar un dominio abandonado por la simbólica política andina: el de una figura femenina de la República."

La explicación más plausible para esa tan singular ausencia de Mariana en la simbólica política andina -o latinoamericana por entero- le fue sugerida a Lomné por el historiador Yves Saint-Geours; y Lomné prosigue:

Se podrá buscar una explicación al fenómeno en diversas direcciones. Nos parece probable que el alcance y la trascendencia del culto a la Virgen María en la zona considerada ha borrado la necesidad del recurso a una diosa laica, de nombre ambiguo y, al fin y al cabo, tan francesa...

¹ Ver en especial las obras de Maurice Agulhon sobre este asunto.

² *Iesus Nazarenus, Rex Iudeorum* cf. Juan, 19, 19-22.

El reto que presenta el Bicentenario de la Independencia a los historiadores latinoamericanos consiste en retomar este asunto de lo femenino en la simbólica de la Independencia: a nuestro parecer, en Colombia la imagen crucificada de Santa Librada lanza algunas nuevas luces y acaso proyecta ciertas sombras en la escena de una memoria histórica saturada por el mito solar bolivariano.

*

La primera señal de la relación entre Santa Librada y la Independencia es poco conocido y tal vez contestable: estaría en un viejo cuaderno aportado por el joven bogotano Sabas Meléndez al abogado Eduardo Posada, que lo publicó en el *Boletín de Historia y Antigüedades de la Academia Colombiana de Historia*, en 1922 (Posada, 1922, p. 123-128). Según ese manuscrito, en la noche del viernes 20 de Julio de 1810 corrió entre los patriotas de Santafé de Bogotá, que ya habían empezado a prender a los chapetones, el rumor de que éstos pretendían incendiar casas para sembrar el pánico, y que “habían salido a degüello, por señora y abogada de este reino a Santa Librada”.

La idea no sería totalmente impensable, una vez que esa era la santa misma del día 20 de julio en el santoral católico; su nombre evocaba sin equivocación posible la Libertad; y más, existía desde 1724 una imagen de Santa Librada en la iglesia de San Juan de Dios, de talla quiteña en madera policromada y encarnada.³

¿Pero, por cuál razón los más rancios chapetones habrían considerado útil a sus planes de represalia contra los criollos de la Suprema Junta, invocar justamente a Santa Librada por señora y abogada? Tal vez nada más por ser la santa del día; pero puede ser que tuviesen noticia de algún protagonismo de la patrona de Sigüenza en la guerra contra los franceses en España. Según Leandro Higuera del Pino, desde el verano español de 1808 ya crecía una “literatura de combate” en que circulaban pastorales de obispos, catecismos y hojas sueltas sacralizando la guerra (Higuera del Pino, 2002, p. 68). Los pueblos de España reaccionaban al saqueo de sus iglesias por las tropas invasoras francesas, y esa dimensión religiosa de la guerra caló fondo entre los americanos, como lo prueba en especial lo que pronto pasó en México, donde un estandarte de la Virgen de Guadalupe, recogido el día 16 de setiembre de 1810 por el cura Hidalgo en el santuario de Atotonilco, condujo al pueblo alzado en armas.

Hay un indicio muy sugestivo de la presencia de Santa Librada en la cultura política española de la época, cuestión que por ahora sólo podemos sugerir como una hipótesis a verificar en fuentes españolas, empezando por la colección de materiales impresos que constituyen aquella “literatura de combate” (Aymes, 1980). En muchos pasajes de la literatura histórica producida por el intelectual canario Benito Pérez Galdós (1843-1920), la devoción a Santa Librada aparece

³ Cf. Vallín Magaña, R. y Vargas Murcia, L. (2004). *Iglesia de San Juan de Dios*. Bogotá: Arquidiócesis de Bogotá; v. especialmente, en una lista de las piezas existentes en dicha iglesia, hecha para el año de 1726, constancia de la imagen de bulto de Santa Librada (p. 79); y también en el Libro de Inventarios hecho por el Padre Fray José de Alvarado en 2/10/1756, constancia de “las efigies de bulto de Santa Liberata y Santa Rita con un crucifijo en la mano” en la nave de San Cayetano (ítem 40), p. 203).

como un atributo caricatural de los conservadores españoles en la época del trienio liberal (1820-1823). Sabemos que en agosto de 1826, cuando Fernando VII estuvo en Sigüenza, la urna que contiene las reliquias de Santa Librada (patrona de las parturientas) fue abierta para que la joven reina María Josefa Amalia de Sajonia le pidiera la gracia de engendrar un heredero varón (Gil Peces, 2006, pp. 37-39). Puede ser que la asociación explícita de Santa Librada con el conservadurismo español haya empezado efectivamente ahí, y que Galdós haya cometido un anacronismo al mostrarla como algo ya establecido anteriormente. Por otra parte, la devoción a Santa Librada no se concentraba en Sigüenza: existían imágenes, reliquias y cofradías suyas en muchas otras regiones de España, inclusive en Madrid. Si acaso hubo en algún momento, recurso al carisma de ésta santa en la lucha contra los invasores franceses, eso no tiene que haber sido necesariamente en Sigüenza. Por ahora, no podemos avanzar más allá de estas especulaciones.

*

Pasemos a leer una fuente mucho más conocida, el *Diario de la Patria Boba* de José María Caballero. Lastimosamente, jamás sabremos si en aquél 20 de Julio de 1810, el rumor de Santa Librada le despertó alguna atención al cronista.⁴ En su diario tampoco hay mención a Santa Librada en 1811, cuando en Santafé de Bogotá se conmemoró con luminarias por tres días, culto solemne en la catedral y saraos elegantes, el primer aniversario de la Suprema Junta, bajo el liderazgo españolizante del “Vicegerente del Rey” Jorge Tadeo Lozano y Peralta, hijo del Marqués de San Jorge. Un año después, involucrado en la guerra civil, en las filas del presidente Antonio Nariño contra las tropas de Camilo Torres, nuestro testigo José María Caballero nada informa acerca de Santa Librada en los festejos del 20 de Julio 1812 en Santafé de Bogotá.

Pero en 1813, el *Diario* de Caballero señala, primero, que el día 16 de julio (o sea, día de la Virgen del Carmen) se declaró la independendencia y que Nuestra Señora de la Concepción fue declarada patrona del reino. El día lunes 19 se replantó el árbol de la libertad que había sido quebrado por un mozo de ruana en el domingo 18 cuando “por ser la octava”,⁵ las calles amanecieron con letreros de crítica al nuevo gobierno. Por primera vez se hizo por iniciativa de los patriotas la asociación entre Santa Librada y la Independencia: según José María Caballero, después que se plantó el olivo de la libertad, “salió la representación nacional con el señor presidente [Antonio Nariño] a la iglesia de San Juan de Dios, a traer a Santa Librada en procesión a la catedral, para la fiesta de mañana; estuvo muy

⁴ Caballero, cuyo oficio le proporcionaba mucha intimidad con las fiestas, asentó en su diario –donde falta la hoja que corresponde a los días 20, 21 y parte del 22 de Julio– el 28 de julio: “día de la octava de la plaza, hice dos altares por recomendación del señor alcalde ordinario.” (Caballero, J. M. (1986). *Diario de la Patria Boba*. Bogotá: Incunables. p. 68). O sea, le tocaba preparar la fiesta de la parroquia de las Nieves. La fiesta de Santa Librada no tenía aún la importancia que pronto ganaría, pero sí la tenían la fiesta móvil del Corpus, que en ciertos años ocurre a finales de junio, y las fiestas fijas de la Virgen de Chiquinquirá (9 de julio), de la Virgen del Carmen (16 de julio) y de Nuestra Señora de Las Nieves (5 de agosto). La proximidad entre estas fiestas, reforzada por sus respectivas octavas, será discutida más adelante.

⁵ Todavía no sabemos a qué fiesta religiosa estaría referida esa octava mencionada por Caballero: no era el Corpus (ese año, había caído en el día 17 de Junio; ni tampoco Nuestra Señora de las Nieves o la del Carmen.

lucido; vino la comunidad acompañando; hubo iluminación general”. El día siguiente, martes 20:

Se formaron todas las tropas para la asistencia de la representación nacional a la catedral, a la fiesta de Santa Librada, en la que predicó el padre Florido un sermón famoso, de hora y cuarto, de independencia. Acabada la misa, se descubrió Su Majestad y se cantó el *Te Deum*. Finalizada la función, se regresaron al colegio electoral (...) Después se hizo el juramento de independencia; el primero que juró fue el señor presidente, en manos del secretario; y de ahí fueron jurando todas las corporaciones, prelados, eclesiásticos, colegios, síndicos y cabildos eclesiástico y secular y todos los demás. [pp. 137-141]

Notemos que la imagen de Santa Librada concentra las atenciones colectivas el día mismo en que se jura con toda solemnidad la adhesión al pacto de Independencia y cuando empieza la destrucción sistemática de los símbolos de la monarquía.⁶ En verdad, no sólo Santa Librada, puesto que junto con ella aparecía también en la escena ritual la alegoría de la india, que gracias a Antonio Nariño se había puesto en el salón del Colegio Revisor de la Constitución en enero de 1812 y después lució en las monedas de Cundinamarca como emblema de la libertad de los americanos.⁷

Parece claro que la visibilidad de la imagen de Santa Librada en este ritual patriótico, y en los años siguientes, debe tener alguna relación muy especial con el protagonismo de las gentes de los suburbios que en septiembre de 1811 habían forzado la renuncia de Jorge Tadeo Lozano y lo remplazaron por el presidente Antonio Nariño.⁸ Si en Venezuela, el temblor del Jueves Santo de 1812 le dio a los realistas un eficaz pretexto para la guerra sin cuartel contra la Sociedad Patriótica, en Cundinamarca el pretexto para los adversarios políticos de Antonio Nariño fue su firme objeción a la admisión de Juan Bautista Sacristán –perfilado con las autoridades peninsulares– al arzobispado de Santa Fe de Bogotá en diciembre de 1811. Desde los púlpitos y en la prensa, Nariño fue severamente acusado como ateo y jacobino y el conflicto empeoró en enero de 1812, cuando él propuso que la Iglesia y las corporaciones eclesiásticas contribuyeran con sus bienes para la defensa contra todo intento de reconquista española. Pero, cuando en enero de 1813 las tropas de Baraya marcharon contra la capital, Antonio Nariño y la mayoría del clero estaban en la misma trinchera: hubo rogativas en las iglesias;

⁶ Sobre la importancia de la *damnatio memoriae* en este contexto, ver Lomné, G (1993). “Las ciudades de la Nueva Granada: teatro y objeto de los conflictos de la memoria política (1810-1830)”. En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, n. 21. pp. 115-135.

⁷ Sobre la alegoría de la india representando la Libertad en el anverso de las monedas de Cundinamarca a partir de 1814, y que se conservó en las monedas de la República de Colombia hasta 1826, cuando el Congreso la remplazó por “el busto de la Libertad, en traje romano” (o sea, ¡la Mariana!), ver Barriga del Diestro, F. (2005, diciembre). “La moneda que vio nacer, crecer y morir a Colombia”. En *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. XCII, n. 831. pp. 809-844.

⁸ Para éste y el siguiente párrafo, ver Acosta de Samper, S. (1910). *Biografía del General Antonio Nariño*. Pasto: Imprenta Departamental; y Liévano Aguirre, I. (1996). *Los grandes conflictos de nuestra Historia* tomo II. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.

Nariño nombró a Jesús Nazareno, Generalísimo de las tropas de Cundinamarca; la imagen fue adornada con la escarapela del Gobierno de Cundinamarca y los soldados portaron la divisa JHS.⁹

Antonio Nariño ciertamente conocía algo de lo que había pasado en materia de símbolos en la revolución francesa, y también la importancia del catolicismo en la guerra movida por los pueblos de España contra Francia. Sería por tomar conciencia de la eficacia del recurso a los santos para movilizar la población de la capital contra las tropas federalistas, y tal vez percibiendo que el culto a Santa Librada no estaba en manos de ninguna corporación hostil a sus proyectos políticos, que Antonio Nariño encontró en ella la llave simbólica adecuada para estrechar sus buenas relaciones con una buena parte del clero mientras se aseguraba un contacto directo y eficaz con la piedad popular. Escribiendo en la segunda mitad del siglo, José Manuel Groot se admiraba del suceso político de Nariño en el pueblo de Santafé a pesar de los escritos de los canónigos Caycedo y Rosillo y del padre Padilla: “Ya se ve, entonces las gentes estaban como en el estado de inocencia política y era muy fácil alucinarlas”. Buscando por sus recuerdos de aquel tiempo en que tenía 13, 15 años, Monseñor Groot no le dio mayor importancia a Santa Librada. Tal vez porque, además de cerrar fileras con la ortodoxia católica –poco dispuesta a darle una mayor importancia a ese culto local bogotano a una mujer crucificada– escribía en oposición abierta a los liberales que intentaban reatar el vínculo entre la santa y el 20 de Julio, como veremos.

Volvamos al *Diario de la Patria Boba*: el 19 de julio de 1814, el presidente interino Manuel de Bernardo Álvarez (tío de Antonio Nariño, que estaba encarcelado en Pasto), fue con toda la representación nacional y las tropas a traer la imagen de Santa Librada desde San Juan de Dios a la iglesia catedral, y el 20 hubo la misma asistencia oficial a la misa solemne. Un año más tarde, dos días antes de la fiesta del 20 de Julio de 1815, llega la noticia de la gran victoria en la batalla de El Palo cerca de Popayán contra los realistas. No podemos omitir la cantidad de detalles que ya fueron leídos por tantas generaciones de colombianos en el *Diario de la Patria Boba*:

A 19 (...) se trajo de San Juan de Dios a Santa Librada, con toda la ostentación posible; asistió el gobierno provincial; hubo refresco y baile en palacio, en celebración del aniversario de nuestra transformación política. Al baile asistieron 175 señoras, carracas, y adictas al gobierno, y otros tantos hombres de la misma opinión. Esta noche se estrenó la sala de palacio, que dirigió el portero del gobierno general José María León, que llaman el Tosino. En seguida se sirvió un refresco costado por el Estado, que importó \$250 con un *ambigú* que se dio a las doce de la noche ¡Bueno! Me gusta

⁹ Los federalistas también tenían sus santos patronos: en su bandera lucían la imagen de Nuestra Señora del Socorro y el nombre de María con una corona imperial y una granada. La participación del Generalísimo Nazareno en la resistencia de Santafé de Bogotá contra las tropas federales dirigidas por Simón Bolívar en diciembre del año siguiente, no resultó eficaz.

que bailen, coman, beban y se diviertan a costillas ajenas. Qué sabroso será. ¡Oh, quién pudiera, pero no con lo ajeno!

A 20 fue la misa de gracia, con asistencia de todas las corporaciones y el gobierno general. Hubo tres descargas de fusileros y de cañones en la Huerta de Jaime. Predicó un gran sermón el doctor Sotomayor, cura de Mompós. Por la tarde hubo toros, y a la noche dieron las señoras una gran comedia de la conquista, cosa famosa. El coliseo se iluminó con ceras; había diez arañas de cristal. La entrada libre por boletines, que se repartieron 2.000. La tonadilla la cantó la *Cebollino*. Este día se puso la puerta de en medio de la catedral (Diario de la Patria Boba, 1815).

En la efusión de estos encuentros multitudinarios se comunicaban por metonimia la fiesta cívica y religiosa, el culto a los primeros héroes, la memoria de la Independencia, Santa Librada y la octava de las Nieves:

Viernes 21, toros; 22, toros; 23, terneros. Este día fue la octava de Las Nieves en La Tercera y se trasladó a Nuestra Señora a su casa, con mucho lucimiento, por haberse ya concluido la composición del templo. Se adornó primorosamente la calle desde La Tercera hasta Las Nieves.

Viernes 21, toros, y a la noche comedia con el mismo lujo, y aún más, porque la iluminación fue con esperma. Al principio se dio un monólogo por la niña hija del teniente-gobernador, el ciudadano Ignacio Vargas (el *Mochó*). Después siguió la comedia de *Julio César* y se concluyó con otro monólogo de Antonio Ricaurte, el que se sentó en un baúl de pólvora y le pegó fuego por no ser cogido por los godos, por el lado de Caracas, criollo de esta ciudad. ¡Admirable valor!, pero no para imitarlo. Sábado y domingo, toros y comedias.

El lunes 24 se repitió la comedia del jueves, con la misma ostentación y la entrada libre a todo ciudadano, y se concluyeron las fiestas. Hasta aquí vamos bien. Dios quiera que todos se den gusto, porque si llega el día de los pesares, les aseguro que... [pp. 181-183]

La Novena a la Gloriosa Virgen y Mártir Santa Librada. Patrona, Protectora y Libertadora de los Ciudadanos de Santafe de la Nueva Granada, impresa por el presbítero de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, Fray Miguel Antonio Escalante para los festejos de 1815 (Escalante, 1815) empieza con Librada, progresa con Libertad, llama reiteradamente por la Libertadora y llega finalmente a la voz Liberal. Los fieles santafereños que asistían a la novena identificaron tal vez en sus versillos a las ciudades confederadas, que los habían finalmente vencido en diciembre bajo el comando del caraqueño Simón Bolívar, como aquellos que, “siendo nuestros parientes y allegados, suelen a veces ser los más contrarios en el camino de la virtud y perfección” [p. 14]. Las severas referencias al padre de la santa, “cual idólatra infiel / fue tu enemigo más cruel” y a “Calcia, tu impía madre” [pp. 25-26] pueden haber sido entendidas como alusiones al rey Fernando VIII y a la monarquía española.

Bruscamente, todo cambia en el año 1816 bajo el terror de la reconquista española. José María Caballero toma nota de las magníficas fiestas religiosas, entre las cuales se destacan aquellas que se hacen en honor de la imagen de

Nuestra Señora de Chiquinquirá. El día 16 de mayo se la traen a Santa Fe desde Chipaque donde la recuperaron los soldados realistas. El día 26, por motivo de la llegada del general Pablo Morillo a la capital, se la llevan a la iglesia de Santo Domingo en lucida procesión. El 9 de junio, Morillo participa de una solemnísimas fiesta religiosa en Santo Domingo; enseguida la imagen es llevada en procesión hacia el convento de Santa Inés. El 11, el 13, el 15, el 17 y el 16, la imagen circula procesionalmente entre los varios conventos de la ciudad, hasta que retorna al convento de Santo Domingo. Y aún el 23 y 24 de junio hay nuevas procesiones: de Santo Domingo a San Carlos, y a San Diego.

Este poderoso ciclo ritual de recuperación de la Virgen de Chiquinquirá por los realistas contrasta nítidamente con la muy reciente y fracasada ceremonia de recepción a la misma imagen el 5 de mayo, cuando pasó rápidamente por Santafé de Bogotá la tropa de infantería de Serviez que en vano la había sacado como la protectora de la causa patriótica. Santa Librada viene a la memoria de José María Caballero cuando expresa los sentimientos que le provocan la represión española:

A 20, día de Santa Librada, a los seis años de la revolución, arcabucearon, en la plaza mayor, al brigadier don Antonio Baraya, el que vino el 9 de enero de 1813 contra esta ciudad y salió derrotado, y a don Pedro Lastra, hombre de gusto, pues las alhajas que tenía en su casa no las había en otra parte, caballeros nobles y distinguidos. A la tarde arcabucearon en la Huerta de Jaime a un soldado gallego, del cuerpo de Artillería volante, por desertor. Si este tirano no perdona ni a los de su nación, ¿qué esperamos nosotros? ¡Virgen Santa, a tu patrocinio me acojo; defiéndenos por tus entrañas de amor! [pp. 215-219 y 221-224]

*

El viraje sorprendente del equilibrio de fuerzas en las batallas de agosto de 1819 y la entrada triunfal de Simón Bolívar en Bogotá el 18 de septiembre abrió un nuevo ciclo de fiestas cívicas. Los nuevos héroes opacan entonces la memoria de los próceres de la Patria Boba; la Constitución de Colombia trasfiere el entusiasmo de las fiestas nacionales para la época de los regocijos tradicionales del ciclo navideño.

Simón Bolívar no debía pensar exclusivamente en los sucesos de México, cuando en un pasaje de su *Carta de Jamaica*, publicada en septiembre de 1815, afirmó que era útil aprovecharse los patriotas esclarecidos del fanatismo de las gentes del común por las imágenes religiosas, para crear una mezcla del entusiasmo político con la religión, por la sagrada causa de la libertad. Pasaban sólo cuatro meses del fracaso de Serviez en recurrir a la venerada imagen de Chiquinquirá, y él ciertamente se acordaba todavía de la fuerza que había sido puesta en las manos de sus opositores en Venezuela cuando el temblor de 1812 coincidió con el Jueves Santo. Asimismo también por cierto pensaría en la eficacia de las imágenes religiosas de Cundinamarca en la guerra contra las ciudades confederadas de la Nueva Granada, entre las cuales estaba Santa Librada.

Parece que en tiempos de Bolívar, San Simón tuvo más fieles que Santa Librada. Georges Lomné señala cómo el sentido de los regocijos del 20 de Julio en 1821 y 1822 han sido desviados para celebrar las victorias de Carabobo y Pichincha (Lomné, 1993, pp. 126 – 127). Bolívar y los militares resultaban los verdaderos héroes y no había más lugar para la memoria de las virtudes civiles de la Patria Boba, ni tampoco para las merecidas honras fúnebres al cadáver de Antonio Nariño en 1824. Por otra parte, en materia de imágenes femeninas más adecuadas para cristalizar la memoria de la Independencia, sobresale el culto republicano a Policarpa Salavarrieta desde enero de 1820 (Correo del Orinoco, 1820).¹

Había por cierto muchas razones para no estimular el retorno de la procesión de Santa Librada que se había interrumpido en 1816. En julio de 1823, el vicepresidente Francisco de Paula Santander prohibía “que no se predique por persona alguna [en razón] del pasaje del 24 del mes próximo pasado de haber una mujer usado del ministerio de la predicación en las calles públicas de esta capital” (A.G.N., 1823, f. 372): señal del peligro que podría representar el retorno del protagonismo de las mujeres santafereñas, tantas veces referido en el *Diario de la Patria Boba*.

Pero al menos por algunas brechas la memoria de Santa Librada siguió activa en la República de Colombia. Según Carrasquilla Botero, el antiguo convento dominicano de Nuestra Señora de las Aguas, que había sido convertido en hospital en 1801 cuando de la quinta epidemia de viruela, y donde se acuartelaba el Batallón de las Milicias de Pardos en 1810, pasó a llamarse Hospital Militar de Santa Librada después de 1819 (Carrasquilla, 1991, pp. 77 – 97). Y más: el decreto de 29 de enero de 1823 que mandó establecer en Cali un colegio republicano frisó que debía llamarse Santa Librada, “en conmemoración del día en que hizo su revolución la antigua Nueva Granada”. Sobre todo no olvidemos que la imagen misma permanecía en la iglesia de San Juan de Dios. Hay que preguntar también si acaso no habría sendas imágenes de Santa Librada en el hospital militar de Bogotá y en el colegio de Cali.

La única referencia encontrada hasta ahora, a una procesión de Santa Librada durante toda la existencia de la República de Colombia, ocurre en el año 1829. Sería tal vez porque Simón Bolívar, después de concluirse la represión a los implicados en la conspiración septembrina, estaba hacía meses en Ecuador, ocupado con los asuntos de la guerra contra Perú y sólo volvería a Bogotá en enero del año siguiente.

*

La ausencia de mención a las procesiones de Santa Librada en la prensa y otras fuentes en tiempos de la Patria Grande colombiana contrasta con su inequívoca reaparición en la República de la Nueva Granada durante la presidencia de Francisco de Paula Santander, en los años 1835, 1836 y 1837. Pero está evidente que ese nuevo período de visibilidad de la imagen de Santa Librada en las fuentes

¹ Véase en la misma edición la noticia del estreno de la tragedia *La Pola* en la capital. Agradezco a Marli Vaz Flores por su ayuda en este tópico.

relativas a los festejos bogotanos del 20 de Julio tiene que ver con coyunturas o círculos muy específicos que todavía quedan por investigar. Pensemos especialmente en Manuel Murillo Toro (1816-1880), un personaje muy identificado al santanderismo desde cuando fue amanuense de Vicente Azuero y, enseguida, oficial interno de la Cancillería gracias al patronazgo de Lino de Pombo mientras estudiaba en Bogotá. Casi 40 años después, Murillo Toro se asociaría inequívocamente a un rebrote espectacular de las procesiones de Santa Librada, como veremos.

Con las excepciones de 1842² y 1845 (El Día, p. 4) hay otro vacío en nuestra serie de datos, hasta que vuelven las procesiones de Santa Librada a ganar visibilidad cuando empieza la época de radicalización política de los años 1848 a 1854. El Colegio de Santa Librada de Cali tiene entonces profesores como David Peña y Juan Nepomuceno Conto, que actúan en la Sociedad Democrática. Veinte años después de la Noche Septembrina, ahora las ideas igualitarias se enseñan a los artesanos. En el Valle del Cauca la lucha por la abolición no sólo de los esclavos pero también de la esclavitud disfrazada de los jóvenes libertos dados en concierto, y por la recuperación de los ejidos deviene *fiesta liberal*: con sus perreros el pueblo *retoza y se divierte*.³

Todavía no sabemos si hubo algún protagonismo de la imagen de Santa Librada en Cali en esta época. Pero sí en Bogotá, donde los lugares céntricos de la capital vuelven a ser ocupados en la conmemoración del 20 de julio por la procesión de Santa Librada desde la iglesia de las Nieves hasta la Catedral:

llevada sobre unas andas vistosamente adornadas, en medio de dos bellos ángeles que llevan una corona de laurel en una mano y una banda tricolor en la otra. Un carro triunfal ocupado por tres niños que representan las tres repúblicas de la Nueva Granada, Venezuela i Ecuador, la preside (El Neogranadino, 1849).⁴

El programa de esta fiesta liberal de 1849, que fue publicado en 88 páginas por el secretario de la Sociedad Filantrópica Antonio María Pradilla, muestra cómo todo fue concebido para compartir los sentimientos: manumisión de esclavos cuyas cabezas portan gorras frías, comida cívica, concierto, toros, globos, pila de chicha para el pueblo. Puede ser que esa importancia devuelta a la imagen de Santa Librada por los liberales haya provocado alguna crítica. Algunas semanas después los conservadores son criticados por haber en la guerra civil de 1840, buscado el apoyo de “la más grosera superstición, cuando en esta ciudad [de Bogotá] sacaba

² Creación de la Parroquia de Santa Librada en el cantón de Timaná (Huila).

³ Castro Carvajal, B. (1990). “El caudillo radical David Peña, protagonista de una cruenta toma de Cali en 1876”. En Revista *Credencial Historia*, n. 9; Pacheco, M(1992), *La fiesta liberal de Cali*. Cali: Universidad del Valle; Cuervo, R. J. y Cuervo, Á. (1892). *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*. Paris: A. Roger y F. Chernoviz; Castellanos, J. (1980). *La abolición de la esclavitud em Popayán, 1832-1852*. Cali: Universidad del Valle.

⁴ Para este contexto, mi principal referencia es el ensayo de Marcos González Pérez. (1998). “La fiesta republicana del siglo XIX” en Marcos González Pérez (comp.) *Fiesta y nación en Colombia*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

la imagen de Jesús Nazareno como general de ejército” (El Neogranadino, 1849, pp. 321 – 322).

El año siguiente en Neiva, el día 20 de Julio de 1850 se conmemoró a la orilla del río de las Seivas, bajo un árbol frondoso. El sitio, la comida cívica y la manumisión de esclavos hacen pensar en las fiestas cívicas proyectadas un siglo antes por el filósofo Juan Jacobo Rousseau, que fueron puestas en escena en la revolución de 1789, pero también evoca ejemplos bien más cercanos, los banquetes republicanos de la revolución de 1848 en Francia. En tal escenario, José María Rojas Garrido explicita en su discurso una concepción providencialista de Santa Librada que encontraremos más tarde en las solemnes ceremonias del 20 de Julio en la catedral o en la iglesia de la Veracruz de Bogotá:

el 20 de Julio de 1810 (...) nos ha dejado un recuerdo monumental. Era el día de Santa Librada, y estaba registrado entre los arcanos de la Providencia para vengar los ultrajes del nuevo mundo y ejercer el acto más imponente de su severa justicia (Gaceta Oficial, 1850, pp. 425 – 426).

Gracias al pequeño libro *El desengaño*, publicado por Ambrosio López en 1851, podemos comprender un poco mejor lo que pasó con las procesiones de Santa Librada en los años siguientes. El sastre Ambrosio López, uno de los principales dirigentes de los artesanos, expone ahí reiteradamente su desilusión con los liberales a quienes había apoyado tan decisivamente, porque el gobierno liberal de Hilario López mantuvo la política de libre cambio que había sido adoptada por Florentino González durante la presidencia de Tomás Cipriano de Mosquera. A propósito, el folleto impreso *Satisfacción* publicado en la misma época por el maestro herrero Miguel León, otro dirigente de los artesanos, critica directamente a Manuel Murillo Toro, el nuevo secretario de Hacienda que no protegía los derechos de los trabajadores de la imprenta (Gaviria, 2002, p. 169).

Nos interesa en especial el siguiente pasaje del libro de Ambrosio López: “Las fiestas del 20 de Julio de 1849, me costaron la pendejada de 350 pesos, i sino dígalo el Sr. Julian Gomez, á quien le salí debiendo 250 pesos de la pólvora, i sabe mis angustias i el trabajo que me costó completarle 200 pesos” (López, 1851, p. 14).

Ambrosio López se refiere justamente a la primera ocasión en que volvía a salir de manera oficial la procesión de Santa Librada abriendo los festejos cívicos en Bogotá, desde cuando era presidente Francisco de Paula Santander.⁵ Por el tono de sus discursos, parecería que los dirigentes políticos de los artesanos ya no tienen simpatía por todo aquello. Mirando más atentamente la crónica de los

⁵ El programa de los festejos del 20 de julio de 1845 -cfr nota n. 23- no permite pensar que el recién electo presidente Tomás Cipriano de Mosquera haya participado de ellos con un grado de interés político y personal comparable al que le dio cuatro años más tarde el presidente José Hilario López. Una réplica muy enérgica del periódico liberal *El Neo-Granadino* al conservador *El Día*, nos permite así pensar. Según *El Día*, el presidente se habría embriagado, presidido juegos ilícitos, etc. *El Neo-Granadino* año II, n. 61, 18/08/1849, p. 290, “El Día”.

festejos de 1849, nos damos cuenta de un detalle que puede ser leído en clave alegórica: en la procesión de la noche del día 19 de Julio, que conduce la imagen de Santa Librada desde la iglesia de San Juan de Dios hasta la catedral, hay tres segmentos sociales claramente identificados, que son: la Sociedad de Artesanos; los alumnos de los colegios Militar, del Espíritu Santo, y de la Concordia; y, designados como un “grupo de patriotas” el presidente José Hilario López y los secretarios de estado (El Neogranadino, 1849, p. 65). Ya en la procesión de la noche del día 23, que lleva de vuelta la imagen a la iglesia de San Juan de Dios, la fuente destaca nítidamente los estudiantes del Colegio del Espíritu Santo, el presidente con sus secretarios de estado y el gobernador de la provincia, pero no menciona a los artesanos (La Crónica Mensual, 1849, p. 69).

¿Acaso ese detalle permitiría pensar que al fin y al cabo, la tradición creada por Antonio Nariño, de asociar ritualmente la imagen de Santa Librada a la memoria de la Independencia -que hemos buscado en las fuentes hace años mirando insistentemente hacia los barrios plebeyos y entre los artesanos- hay que buscarla entre los liberales de corte santanderista desde al menos los años 1835-1837?

Hasta ahora no hemos encontrado datos suficientes acerca de la presencia de la imagen de Santa Librada en los años inmediatamente siguientes. Pero el largo y erudito *Panegírico de Santa Librada* publicado por el cura interino de la catedral en 1855 (Olivos, 1855), indica un estado de espíritu radicalmente distinto a lo que hasta ahora vimos a propósito del culto a la santa patrona del día 20 de Julio, pocos meses después de la derrota de la dictadura de Melo:

No hay duda que [la nación más feliz] es aquella en que el castigo acompaña al delito, en que cada ciudadano mira como propia la injuria irrogada a otro ciudadano, y en que todos los miembros de la asociación solicitan delante de los tribunales la aplicación de la pena al injusto agresor, al delincuente, y al asesino.

Toda la violencia y confusión del proceso de independencia nada más habría sido que un movimiento consciente del pueblo católico de la Nueva Granada frente al despotismo del monarca español. Así que los próceres querrían fundar no la anarquía sino el orden con la independencia, y con la independencia la libertad, pero siempre bajo los auspicios de la religión. La fe de Jesús Cristo no se opondría a la marcha progresiva y a la creciente prosperidad de los estados. El doctor Olivos destacó a Simón Bolívar:

fundador de Colombia, el genio de la libertad, el rayo de la guerra, el Washington de la América del Sur, aquel que tenía la palabra del poeta, el que empuñaba la espada redentora de Venezuela y Cundinamarca, Libertador del Perú, fundador de Bolivia, el primer hombre de este continente.

Esa versión olímpica y a la vez cristianísima del pasado contrastaba con los horrores del presente, así dibujados por el doctor Olivos: una joven y desgraciada República, guerras fratricidas, la religión despreciada, el sacerdote perseguido. Sólo cabía implorar a Dios que muy pronto la Nueva Granada llegara a emular y a

rivalizar “a la República del Norte, que es la admiración de este siglo, y aquella otra que en los confines del Sur⁶ marcha por el sendero del progreso bien entendido”. ¿Y cómo? “Siendo todos esclavos de la ley, no tomando el libertinaje por la libertad”.

Es posible que el vicario interino doctor Paulino Antonio Olivos tuviese en cuenta aquel juego de palabras de la *Novena* de 1815, cuyos rezos dedicados a Santa Librada por Fray Miguel Antonio Escalante enfatizaban las voces Libertadora, Libertad, Liberal. En su estrategia retórica, el decisivo juego de palabras del *Panegírico* de 1855 afirma que la Libertad de la Independencia se había corrompido en Libertinaje. La nación le debía su independencia a la religión católica y a sus héroes muertos, especialmente a Simón Bolívar. En su *Panegírico* de 1855, Santa Librada figura apenas como Pilatos en el Credo: es aquella “Librada vuestra Sierva bajo cuyos auspicios echaron nuestros padres los cimientos de la República y cuya fiesta solemnizamos”. Se operaba así una inversión clave en la cadena de conceptos: no al Libertinaje, sí a una Libertad bien entendida como Servidumbre a Dios.

Acerca del *Panegírico de Santa Librada* del doctor Paulino Antonio Olivos, que nos parece claramente identificado con el conservadurismo, el historiador José Manuel Restrepo, para quien estos asuntos de santos y procesiones no pasaban de fanatismo, demagogia, “pasiones que agitan a la plebe”, y que no le dedicaba atención a fiestas y conmemoraciones -a no ser cuando su blanco era la memoria de Bolívar- reaccionó muy positivamente en su *Diario Político y Militar*. ¡Hermoso sermón! (Restrepo, 1954, pp. 576 – 577).

Algunos años después, en muchas de las inteligentes y divertidas crónicas de las tradiciones populares publicadas en la revista *El Mosaico*, cuna de la literatura colombiana y que nació en este mismo año del *Panegírico*, está clara la decisión de romper con la politización de las fiestas religiosas de los meses de junio y julio en los barrios de las Nieves y San Victorino. Los ritos festivos de crítica social, manejados por los artesanos democráticos, se describen ahí como exageraciones de mal gusto que habían abierto el camino hacia la guerra social de años recientes. *El Mosaico* busca establecer un hito en el tiempo, insiste en hacer pensar que felizmente esas aberraciones “se van agotando poco a poco.” El cronista que pasea sobre las cenizas aun calientes de las fiestas pasadas hace poco, alega una “grande falta que nos hace la antigua pompa de los alegres encierros”, recuerda “los antiguos despejos”. Pero al contrario de nosotros, no para soplar sobre las brasas de las fiestas adormecidas en los viejos papeles de archivos y revivirlas, sino para apagar definitivamente el fuego: “¡como pasa todo!”⁷

⁶ ¿Sería la Confederación Platina, o la República de Chile?

⁷ V. por ejemplo *El Mosaico* n. 28, 9/7/1859 “Octava de las Nieves”; y n. 25, 29/7/1865 “Epístola a los señores directores de la octava de San Victorino”.

Según afirmaron los mismos editores de la revista en sus primeros tiempos, “algunos han creído encontrar al *Mosaico* muy gólgota, y otros muy conservador”. Definitivamente no hay ninguna manera de juzgarlo por poco que fuera, simpático a los draconianos. Por eso hay que replantear el silencio a propósito de Santa Librada en esas crónicas: ¿acaso porque la imagen podría haber sido apropiada por los artesanos de las sociedades democráticas y por los partidarios de la dictadura de Melo, como hemos venido pensando hasta poco? En verdad nos parece ahora que, si los editores y redactores del *Mosaico* han omitido cualquier alusión a las procesiones de Santa Librada en sus diatribes y sarcasmos contra los draconianos, eso fue justamente porque muchos de ellos tenían vínculos históricos con tales procesiones. Otro silencio enigmático acerca de los usos rituales de la imagen de Santa Librada lo encontramos en la obra de José María Espinosa: ni en sus memorias, ni en su extensa iconografía el célebre abanderado de Antonio Nariño no le hace ninguna mención.

*

Un largo eclipse ocurre en las fuentes consultadas hasta ahora, después del *Panegírico* y a lo largo de la década de 1860. Este nuevo tiempo de silencio, a propósito de Santa Librada en los festejos del 20 de Julio, parece tan elocuente como aquél de la década de 1820. Pero hemos visto que muchas razones pueden haber contribuido entonces para opacar la visibilidad de la imagen crucificada que había sido elegida como alegoría de la Libertad de Cundinamarca. Y sabemos también que, a pesar de tan poderosas imágenes concurrentes, al menos en la creación del colegio republicano de Cali con su invocación y en la procesión de 1829, algunas luces de Santa Librada cintilan entre los nubarrones del olvido.

Para entender la densidad de este segundo eclipse, no podemos ignorar el efecto de los esfuerzos aplicados por Tomás Cipriano de Mosquera (1798-1878) en la construcción de la memoria de Simón Bolívar. Personaje prominente de la aristocracia criolla de Popayán, sobrino del presidente del Consejo de la Regencia de España, edecán, secretario personal y miembro del Estado Mayor de Simón Bolívar, Mosquera fue cuatro veces presidente de la República. Y no olvidemos - pesen los necesarios matices- a su yerno y socio comercial Pedro Alcántara Herrán, que ocupó la presidencia en 1841-1845.

En 1829, cuando los intelectuales liberales extranjeros influenciados por Francisco de Paula Santander y otros exiliados lo criticaban por dictador, Bolívar le sugirió a sus amigos salir en su defensa. Dos periódicos de Nueva York publicaron en 1831 el elogio fúnebre de Simón Bolívar redactado por Tomás Cipriano de Mosquera, y re-publicado por algunos periódicos europeos. Enseguida, Mosquera comparó sistemáticamente los hechos de Bolívar a los de Napoleón junto a jefes de Estado y altas personalidades como el presidente Andrew Jackson, el depuesto rey de España José Bonaparte y el embajador francés Talleyrand en los Estados Unidos; y en Europa, el rey Luis Felipe, el recién depuesto emperador de Brasil don Pedro I y su hija María de la Gloria reina de Portugal, el rey de Cerdeña, el papa Gregorio XVI, e industriales, miembros de sociedades científicas, etc.

Desde su primera presidencia (1845-1849), el lugar de memoria más central de Bogotá, la antigua *Plaza Mayor*, pasó a llamarse *Plaza de Bolívar* y tiene al centro la estatua que había sido donada al Congreso de la Nueva Granada por José Ignacio París. En el patio norte del Capitolio Nacional, que él mandó construir en 1847 junto a la Plaza de Bolívar, se ven en bajo-relieves del pedestal de su propia estatua las principales obras públicas de su primer gobierno: navegación a vapor del río Magdalena, la estrada de Honda, el Capitolio Nacional, el Instituto Militar, el progreso de la imprenta, etc (Tamayo, 1944).

Mientras inauguraba el monumento a Bolívar, el presidente Tomás Cipriano de Mosquera publicó unos “Fragmentos de la Memoria sobre la vida del General Simón Bolívar” en *El Día*. (1846, pp. 2 – 4). La primera parte de la biografía del Libertador -del nacimiento hasta 1816- que Tomás Cipriano de Mosquera preparaba hacía tiempo, se publicó en Nueva York en 1853. La secuencia la concluyó más tarde en Lima y quedó inédita hasta 1917, cuando una copia deteriorada y mal transcrita fue revisada y publicada por la Academia Colombiana de Historia para el Centenario de la Independencia. Así que no hay como olvidar a Tomás Cipriano de Mosquera en algunos de los momentos decisivos del proceso de invención de las tradiciones nacionales colombianas.

Asimismo, no habría por qué sorprendernos al no encontrar menciones a Santa Librada, a propósito de la memoria de la Independencia durante los años en que él conciliaba el culto a la memoria bolivariana y los proyectos económicos del liberalismo. Sin embargo, ya hemos visto una excepción en 1845, cuando empezaba su primera presidencia. Ahora se nos viene otra sorpresa al leer el discurso que pronunció el canónigo doctor Antonio María Amézquita en la catedral metropolitana de Bogotá el día 20 de Julio de 1866, en presencia del general presidente del estado soberano de Cundinamarca representante del presidente de Colombia, general Tomás Cipriano de Mosquera (1866).

La humanidad siempre lógica e idéntica a sí misma, ha señalado con monumentos símbolos e jeroglíficos los pasos difíciles que ha atravesado, i los medios extraordinarios con que se ha libertado de la servidumbre i de la esclavitud. [p. 3]

El doctor Amézquita señala Santa Librada como uno de estos símbolos: a semejanza de Moisés, fue libertada de la muerte de un modo providencial; una virgen que muere por sostener la libertad del espíritu que es la verdadera libertad [p. 3]. Al tema del providencialismo, ya explicitado por José María Rojas Garrido en los festejos de 1850 en Neiva, Amézquita añade, posiblemente en respuesta al tema del libertinaje insinuado por el doctor Paulino Olivos en el *Panegírico de Santa Librada* de 1854, lo que sigue: “La grande obra aclamada el 20 de julio de 1810 i llevada a cima por el grande e inmortal Bolívar, no es uno de aquellos movimientos o revoluciones en que la libertad se viste de bacante i con el puñal a la mano siembra el espanto i desolación por todas partes [p. 4]

El providencialismo cristiano rebasa todas las explicaciones de cómo y por qué habría ocurrido la independencia: “no, nada de todo esto, fue la causa de la emancipación de todo un continente. En todo esto no habría otra cosa, *sino que Dios viajaba de incógnito*” [sic, p. 7]. Y luego recurriendo a metáforas inequívocas el discurso opera con maestría la transferencia de sacralidad sugerida por Thomas Carlyle en sus conferencias sobre los héroes, de 1840:

Diríase que los escribas i fariseos americanos nada descuidaron para impedir que Colombia saliese del sepulcro que aquellos le habían cavado en una playa solitaria del Atlántico. Ellos quisieron mas, quisieron borrar hasta la memoria del héroe. [Pero] los conciertos de los enemigos del héroe no pudieron impedir que la patria del grande hombre diese una completa satisfacción a la civilización cristiana i a los manes del Libertador. Nueva Granada siguió su ejemplo i la plaza de esta ciudad presenta al mundo la gratitud de un preclaro ciudadano amigo íntimo de Bolívar, i el reconocimiento nacional. [p. 10]

La metáfora muerte/resurrección se aplica ahora a la sustitución de la Confederación Granadina por los Estados Unidos de Colombia en 1861. El sujeto activo e implícito del proceso parece ser el mismo preclaro ciudadano amigo íntimo del dios/héroe:

Por regla general, todo lo que Dios restituye a la vida, debe parecer mas completo i perfecto que antes de su muerte. Colombia, pues, con su nuevo fundador [el subrayado es nuestro] debe presentarse hoy a la altura de su posición, contestando con paz, progreso i libertad a las vocinglerías de los demagogos, como a las maquinaciones de los colombianos *vergonzantes* [sic, p. 10]

El discurso ostensiblemente bolivariano del canónigo Antonio María Amézquita busca reconciliar todas las memorias invocando a Colón, Bolívar, Sucre, Santander, Nariño, López, Obando, Herrán, Paris, Caldas, Torres, Azuero, Maza, Villavicencio, Padilla y mil otros más. Afirma que no explica “el evangelio en provecho de los tiranos, ni de los anarquistas, ni de los fariseos, sino en provecho de los desgraciados”. Él no pertenecería “a los pandillajes de cualquiera denominación que sean.” [p. 5-6]. Pero a pesar de mostrarse tan ecuménico y providencialista al aplicar las ideas de Carlyle acerca del papel de los héroes en la historia, el doctor Amézquita destaca solo unos pocos prohombres y santos al pueblo y a las autoridades reunidas en la catedral de Bogotá: “Bolívar, Lincoln, Las-Casas, Claver, Washington, Guillermo Tell, O’Connell, Mosquera, Sanmartin i Prado vivirán en las jeneraciones como la memoria de las grandes verdades de la humanidad [p. 15]”

Así, el discurso hace el elogio de Tomás Cipriano de Mosquera que pasamos a ver como el principal lector a quien Amézquita quiere convencer: el país mucho le debía por su administración de 1845 a 1849; él sería el restaurador de Colombia; y más: él, con sus altas miras y con las relaciones entabladas con la Santa Sede, le

daría a la Iglesia su puesto, y al clero católico la distinción que él se merecía [p. 16]

Llegamos al final del discurso y a la síntesis de los elaborados dispositivos retóricos que maneja el canónigo doctor Antonio María Amézquita, hablando “en unión de la iglesia colombiana, de su venerable prelado, de su distinguido capítulo i de todo el clero inteligente”. Es sorprendente y algo conmovedor, hay que decirlo, asistir al secuestro de las memorias disonantes asociadas a la imagen de Santa Librada y su inserción en la lógica del culto bolivariano, para reforzar ese apelo al presidente Tomás Cipriano de Mosquera en defensa de los privilegios de la religión y el clero católico.

Hasta ahora no hemos logrado encontrar evidencias de procesiones de Santa Librada en el segundo período presidencial de Mosquera, tal como no las hemos visto en el período anterior. Al parecer, el recurso a ese ritual cívico-religioso indicaría tanto en 1845 como en 1866, más que la persistencia o la unanimidad de una tradición, tentativas de conciliación entre dos políticas de memoria asociadas a proyectos políticos casi antagónicos.

Todo eso contrasta con el retorno magnífico de las procesiones de Santa Librada en las conmemoraciones del 20 de Julio de la segunda presidencia de Manuel Murillo Toro. Por una parte, acordemos que en 1871 la ciudad de Bogotá tiene confirmado su privilegio como capital de los Estados Unidos de Colombia. La ley de 8/05/1873 que consagra el 20 de Julio como fiesta nacional reafirma no solo la centralidad de la capital del país pero abre camino para la proyección del culto cívico a Santa Librada a todo el territorio nacional. Los triunfos de la imagen de Santa Librada en los festejos patrios de la primera mitad de los años 1870 coinciden con el ocaso político de Tomás Cipriano de Mosquera en Colombia, con la oficialización del simbolismo de la Mariana con la Tercera República en Francia, y con la apoteosis del culto a Simón Bolívar en Caracas bajo la presidencia de Guzmán Blanco.⁸

Es cuando en 1872 los presbíteros Bernardo Herrera Restrepo y Joaquín Pardo Vergara que asesoraban al arzobispo Vicente Arbeláez, crearon un nuevo modelo para la fiesta de Santa Librada. Lo que nos parece más importante destacar es la incorporación a la procesión el Cristo de los Mártires de la iglesia de la Veracruz, y con él la memoria de los mártires de la Independencia. La tradición se reinventaba, el ritual cívico y religioso pasó a contar con la participación oficial de los descendientes de los próceres. Pero a pesar de todo el énfasis de los discursos oficiales apelando a la memoria exclusiva de las víctimas de la represión española en la época de la Pacificación, aquella imagen concentra las memorias de muchos otros tantos muertos en los catafalcos erguidos en Santa Fe de

⁸ Sobre este último tema, ver Salvador González, J. M. (2006, abril). “Construcción de un imaginario nacionalista mediante la estatuaria pública en la Venezuela de Antonio Guzmán Blanco (1870-1888)”. Ponencia presentada en las V Jornadas de Historia Contemporánea: “Teoría e historia de los nacionalismos”. Universidad de Oviedo. Asociación de Jóvenes Historiadores. http://eprints.ucm.es/7063/1/OVIEDO_Jov_Histor_PONENCIA_nacionalismos.pdf. 17 julio 2009.

Bogotá, desde mucho antes y también después de la Independencia. Memorias de bandidos, de gentes desesperadas, de los enemigos políticos de uno u otro régimen o gobernante. A todos esos muertos el Cristo de los Mártires evoca indistintamente, y la sacralidad de la comunión de todos ellos así actualizada en la procesión de Santa Librada le daba al emblema de la Libertad empuñado por Antonio Nariño en 1813 una nueva y poderosísima carga simbólica.

En la misa solemne del día 20 de julio de 1874, el canónigo doctor Antonio María Amézquita, quien había sido sarcásticamente descrito como un personaje de dos caras por el periódico liberal *El Tiempo* en 1865 (p. 2), posiblemente en represalia contra las insistentes denuncias de la prensa católica contra los masones,⁹ pronunció un segundo discurso (Amézquita, 1874). Visiblemente más frío en relación al presidente Manuel Murillo Toro que aquel que había mostrado en relación al presidente Tomás Cipriano de Mosquera ocho años antes, pero ya no recibe casi ningún destaque, el doctor Amézquita recupera varios pasajes de su primer discurso e introduce, al concluir, un nuevo sentido al providencialismo religioso en la historia:

Gloriosa Santa Librada, al proclamar nuestros padres la autonomía de estos países el 20 de julio, tanto el ateo, como el filósofo racionalista, dirán que esto fue *casualidad* [sic]; pero los creyentes católicos decimos: que era Dios viajando de *incógnito* [sic]. Eres, pues, la protectora de esta santa causa i de esta querida patria. Continúad, pues, en vuestro oficio, i que estos cultos, nos hagan aparecer ante vuestros ojos como agradecidos, i a vos como nuestro *paladión* en el tiempo i en la eternidad. Amén.

A nuestro parecer, esta fórmula expresa el resultado de la labor intelectual, religiosa y política del doctor Antonio María Amézquita frente a los retos de su tiempo. Tal como en 1866, él debía buscar lo mejor para la defensa de los intereses de las instituciones religiosas, para el clero y para los fieles católicos colombianos. Si para algunos de ellos más intransigentemente opuestos al liberalismo, el culto patriótico a Santa Librada podría tal vez ser visto como un elemento de la política simbólica de los masones, el discurso del canónigo Amézquita (justamente él, a quien los liberales habían puesto en ridículo: era y no era masón) señalaba el mejor camino a seguir. ¡Había que asumir decididamente a Santa Librada, la santa del día 20 de julio, como la santa patrona de la Independencia y de la Nación!

*

Ya no sorprende que pasado el llamado Olimpo Radical casi no se vean huellas de procesiones de Santa Librada en la prensa, bajo el régimen fuertemente conservador de la Regeneración (1886-1889). Pero sí sorprende que nuestra santa haya reaparecido como protagonista de un milagro durante la Guerra de los

⁹ Ver por ejemplo, en *El Catolicismo* año VIII n. 431, 17/07/1860, p. 438-439, el editorial “Blasfemias i heregía” que acusa directamente a Manuel Murillo Toro como responsable por la aplicación de un juramento masónico de lucha contra la religión católica. En especial, el artículo protesta contra la puesta en ridículo de la devoción a la Virgen de Chiquinquirá en una crónica publicada en *El Tiempo* que dirigía Murillo Toro.

Mil Días. Según la leyenda, que tiene la característica innegable de un mito de origen de la nación panameña, Santa Librada protegió a los vecinos de la provincia de Azuero -hoy provincia de Los Santos- en el año 1900, despistando un buque de guerra enviado por los conservadores que sin su intervención azolaría aquel territorio liberal.¹⁰ Las Tablas, capital de la provincia, era a la vez (y sigue siendo) el principal centro de la devoción religiosa a Santa Librada -ahí hay cuatro imágenes- y la cuna del dirigente liberal Belisario Porras quien ciertamente había asistido a las procesiones de Santa Librada en Bogotá donde hizo sus estudios.

El silencio opaco alrededor de Santa Librada sigue en la prensa de una Colombia consagrada al Sagrado Corazón, bajo la hegemonía conservadora. En el Centenario salió su procesión: el programa consta en la prensa y en el álbum conmemorativo de la efemérides, pero no se le concedió el privilegio de aparecer en las fotografías. Un lienzo de Santa Librada le fue donado al Colegio republicano de su nombre en Cali por una artista de Manizales, justamente cuando se cumplían en 1913 los cien años de la primera procesión en Santafé de Bogotá.

*

A partir de 1917 y principalmente en los años 20, cuando la prensa colombiana ya puede imprimir fotos -siguiendo los avances técnicos y el ascenso político de los liberales- la procesión de Santa Librada gana una visibilidad apabullante para quien se había habituado con la penumbra de los archivos y hemerotecas. En 1920 la Academia Colombiana pasa a ocuparse de los festejos patrios. En 1922, alias *Peregrinus* publica en la revista *El Gráfico* la crónica "Un cincuentenario memorable" sobre la procesión de 1872. El modelo de la procesión que había sido creado en el Olimpo Radical se moderniza en 1926, momento en que se destacan la Academia Colombiana de Historia y el, ahora, arzobispo don Bernardo Herrera Restrepo.

Durante la dictadura de Rojas Pinilla (1953-1957) la militarización de los festejos patrios se acelera y las fotos cada vez más elaboradas sugieren querer darle más atención al Cristo de los Mártires que a la imagen crucificada de Santa Librada en su procesión. Por su parte, la prensa católica la ignora ostensiblemente, enfatizando la fiesta y la imagen de la Virgen del Carmen. Las misas del día 20 de julio ya no se rezan en memoria de Santa Librada sino de San Vicente de Paul, culminación de un silencioso proceso de sustitución que operaba desde la década de 1860.

El silencio a propósito de la presencia de Santa Librada en los festejos patrios vuelve a instalarse bruscamente en 1958 cuando empieza el Frente Nacional. La operación de supresión de la tradición se completa en el Sesquicentenario. La imagen que ya se había retirado del proceso cívico-religioso pasa entonces al templo laico de la memoria, el Museo de la Independencia creado en medio a las conmemoraciones. Pero casi en secreto, como una simple obra de arte religioso

¹⁰ Ver una versión en González Ruiz, S. (1999). *Veintiséis leyendas panameñas*. Panamá: Autoridad del Canal (Colección Biblioteca de la Nacionalidad).

colonial. Las familias descendientes de los próceres seguirían a partir de entonces, juntamente con la Academia de Historia, solo al Cristo de los Mártires. Y se ampliaron más y más los estímulos a la conversión de los festejos del día 19, cuando salía la procesión de Santa Librada, en el Día de la Juventud.

Es muy significativa la multiplicación en la prensa de fotos, títulos y textos relativos a la presencia de niños y jóvenes en los festejos, lo que efectivamente expresa un proceso más amplio de transformación de la sociedad, el nuevo contexto político, el vertiginoso crecimiento urbano, el *baby-boom*, etc. El proceso de sustitución del rito procesional anclado en la experiencia y en la memoria, por la ritualización de las nuevas expectativas de futuro, parece muy bien sugerido en la primera página de un periódico que estampa bajo el sugestivo título “Inesperados participantes” (El Siglo, 1959, p. 1), dos fotos muy expresivas de Germán Castro con esta descripción:

(...) Arriba dos pequeños gamines cogidos de la mano y ambos con el pie al suelo, marchan seriamente al lado de los marciales muchachos de los colegios participantes. Nótese el gesto extrañado del joven de anteojos, que mira sorprendido a sus espontáneos compañeros. Abajo un sacerdote toca con vitalidad la trompeta, acompañando a la banda de guerra de su colegio con la conocida marcha del “Río Kwai”.

Contrastando con toda esa marcha enérgicamente ritmada de los niños y de los jóvenes rumbo al progreso y a la modernidad, al son de las trompetas de la iglesia que se abría para el mundo y preparaba el Concilio del Vaticano II, la imagen de Santa Librada estuvo casi invisible durante casi 50 años de soledad. Olvidada y mal tenida, quedaba junto a la pared de la escalera principal de la Casa del Florero cuando en noviembre de 1985 los órganos de represión instalaron allí el centro de acarreo de los sobrevivientes del Holocausto del Palacio de Justicia. Uno se pregunta con la angustia en el pecho si acaso algunos de los que todavía siguen desaparecidos, le habrían rezado en su desesperación al subir o al bajar por la escalera.

Y hace algún tiempo se perciben señales de su nueva reaparición. El académico y sacerdote Humberto Triana y Antorveza restituyó su importancia histórica en la *Oración a los mártires de la Independencia* que pronunció en la iglesia de la Veracruz el día 19 de julio de 2000. El *Boletín de Historia y Antigüedades de la Academia de Historia* lo publicó, rompiendo un silencio de casi medio siglo (Boletín de Historia y Antigüedades, 2000, pp. 913 – 922). El año siguiente, la imagen muy deteriorada pasó por un elaborado proceso de restauración conducido por Yolanda Pachón Acero, de la Facultad de Estudios del Patrimonio de la Universidad Externado de Colombia. En 2006, Monseñor José Sánchez González, obispo de Signuena-Guadalajara, le trajo a la iglesia de Las Tablas en Panamá un fragmento de hueso de tibia izquierda retirado del sepulcro de Santa Librada, indicio evidente de que la jerarquía de la Iglesia Católica ya no piensa más como en la época del Concilio del Vaticano II y el Sesquicentenario, cuando recomendaba la Sagrada Congregación de Ritos: “El obispo y el clero tengan

cuidado, a fin de que (...) el culto a la susodicha Santa Librada, poco a poco, con el tiempo desaparezca del todo”¹¹.

El Museo de la Independencia preparó para este año, en vísperas del Bicentenario, la exposición *¡Santa Libertad! Memoria y olvido de una imagen femenina de la Independencia*. Ojalá se le permita a esta imagen volver a verse como una de las muchas caras femeninas de nuestra identidad histórica. Ella tiene los brazos abiertos para compartir con hombres y mujeres de todos los credos y colores, la busca por soluciones que hoy nos parecen casi inalcanzables.

Fuentes documentales

Amézquita, A. M. (1874). *Discurso pronunciado el 20 de Julio de 1874 en la Iglesia Catedral Metropolitana por el señor canónigo doctor Antonio María Amézquita. Aniversario sexagesimo cuarto de la Independencia colombiana. Dedicado al cuerpo diplomático i consular residente en Bogotá*. Bogotá: Tipografía de Nicolas Ponton i Compañía.

Bogotá Cómico. (1919, 30 de agosto). Bogotá. Año III, Serie XI, n. 106, p. 1.

“Artículo Comunicado”. *Correo del Orinoco*. (1820, 1 de enero). Santafé. n. 48.

“Manifiesto de Francisco Antonio Zea, Presidente del Soberano Congreso en Angostura”. *Gaceta de la ciudad de Bogotá*. (1820, 4 de junio).

Gaceta Oficial. (1850, 25 de agosto). Santafé. Año XIX, N|. 1.148. pp. 425-426.

“Blasfemias i heregía”. *El Catolicismo*. (1860, 17 de julio). Bogotá. Año VIII, n. 431. p. 438-439.

La Crónica Mensual. (1849, 30 de julio). p. 69.

“Solemnidades del 20 de Julio de 1845”. *El Día*. (s.f). Santafé. Año VI, n. 293, p. 4.

El Día. (1846, 20 de julio). Año VII, n. 369, p. 2-4.

“Epístola a los señores directores de la octava de San Victorino”. *El Mosaico*. (1865, 29 de julio). Bogotá. n. 25.

“Inesperados participantes”. *El Siglo*. (1959, 19 de julio). Año XXV n. 7.085, p. 1.

“El doctor Amézquita sí es masón”. *El Tiempo*. (1865, 2 de agosto). Santafe. Año VIII, N° 898. p. 2.

¹¹ Para este asunto, ver el excelente libro de Attilio Bislenghi. (2003). *Luces y sombras. Mil años de amor y devoción a Santa Librada*. Sigüenza: Gráficas Carpintero.

“Octava de las Nieves”. *El Mosaico*. (1859, 9 de julio). Bogotá. n. 28.

“El Día”. *El NeoGranadino*. (1849, 18 de julio). Santafé. Año II, N|. 61. p. 290,

El Neogranadino. (1849, 28 de julio). p. 65.Santafé.

“La moral y el partido conservador”. *El Neogranadino*. (1849, 14 de septiembre) Santafé. Año II, N°. 65, pp. 321-322.

Panejrico de Santa Librada Predicado en la Iglesia Catedral el 20 de julio de 1855 por el Dr. Paulino A. Olivos Cura Interino de la Catedral. (1855) Bogotá: Imprenta de Francisco Torres Amaya.

Discurso pronunciado en la Iglesia Catedral Metropolitana de Bogotá el 20 de Julio de 1866 por el canónigo doctor Antonio M. Amésquita. Aniversario 56º de la independencia i 5º de los Estados Unidos de Colombia. (1866) Bogotá: Imprenta de Gaitán.

Sección República, Fondo Curas y Obispos. (Folio 372). Tomo VIII. Bogotá: Archivo General de la Nación.

Bibliografía

Pepe Gómez (1987). - *La caricatura en Colombia*. Bogotá: Banco de la República.

Acosta de Samper, S. (1910). *Biografía del General Antonio Nariño*. Pasto: Imprenta Departamental.

Aymes, J. R. (1980). *La Guerra de la Independencia en España (1808- 1814)*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.

Barriga del Diestro, F. (2005). “La moneda que vio nacer, crecer y morir a Colombia”. En *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. XCII, n. 831. pp. 809-844.

Boletín de Historia y Antigüedades. (2000). vol. LXXXVII N. 811, p. 913-922.

Carrasquilla, J. (1991). “[La sede de la Universidad de los Andes](#)”. En *Revista Historia Crítica*, n. 5. pp. 77-97.

Castellanos, J. (1980). *La abolición de la esclavitud em Popayán, 1832-1852*. Cali: Universidad del Valle.

Castro, B. (1990). “El caudillo radical David Peña, protagonista de una cruenta toma de Cali en 1876”. En *Revista Credencial Historia*, n. 9.

Cuervo, R. J. y Cuervo, Á, (1892). *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*. Paris: A. Roger y F. Chernoviz.

Escalante, Fray M. A. *Novena a la Gloriosa Virgen y Mártir Santa Librada. Patrona, Protectora y Libertadora de los Ciudadanos de Santafé de la Nueva Granada*. Santafé: Imprenta del C. B. Espinosa.

Gaviria Liévano, E. (2002). *El liberalismo y la insurrección de los artesanos contra el librecambio. Primeras manifestaciones socialistas en Colombia*. Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.

Gil, F. (2006). *Historia de las aperturas del sepulcro de Santa Librada y envíos de sus reliquias*. Sigüenza: Gráficas Carpintero.

González Ruiz, S. (1999). *Veintiséis leyendas panameñas*. Panamá: Autoridad del Canal.

Higueruela del Pino, L. (2002). "La Iglesia y las Cortes de Cádiz". En *Cuadernos de Historia Contemporánea* n. 68, vol. 24. p. 61-80.

Lievano Aguirre, I. (1996). *Los grandes conflictos de nuestra Historia*. Tomo II. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.

Lomné, G. (1991), "[La revolución francesa y la 'simbólica' de los ritos bolivarianos](#)". En *Historia Crítica*, n. 5, p. 3-17.

Lomné, G. (1993). "Las ciudades de la Nueva Granada: teatro y objeto de los conflictos de la memoria política (1810-1830)". En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, n. 21. pp. 115-135.

López, A. (1851). *El Desengaño o confidencias de Ambrosio Lopez, primer director de la Asociacion de Artesanos de Bogota, denominada hoi "Sociedad Democratica"*. Escrito para conocimiento de sus consocios. Santafé: Imprenta de Espinosa.

Pacheco, M. (1992). *La fiesta liberal de Cali*. Cali. Cali: Universidad del Valle.

Posada, E. (1922). "Fastos de Santafé". En *Boletín de Historia y Antigüedades*, año XIV n. 158, (mayo 1922), p. 123-128.

Restrepo, J. M. (1954). *Diario Político y Militar*. tomo IV. Bogotá: Imprenta Nacional.

Tamayo, J. (1944). *Don Tomás Cipriano de Mosquera*. Bogotá: Cromos.

Vallín Magaña, R. y Vargas, L. (2004). *Iglesia de San Juan de Dios*. Bogotá: Arquidiócesis de Bogotá.

Fecha de recepción: 17 de junio de 2009

Fecha de aprobación: 21 de septiembre de 2009